

cidas del talle, cortas y redondas para la calle y con alguna drapería corta y mezquina, como demostrando temor en abandonar la falda que quiere imponerse lisa y sin ningún adorno.... ¿Triunfará en su empeño? Acostumbradas como estamos las señoras á los infinitos plegados y draperías que tan graciosos resultan sobre una falda, ¿la aceptaremos enteramente lisa? Las modistas, que tenían su principal recurso en las agrupaciones de las telas, ¿se resignarán á perderle? Necesítase gran distinción para llevar con elegancia una falda lisa, y cierto aire juvenil que no le otorga la moda.... Sin embargo, defensora de la sencillez, buscando siempre dentro de ella la elegancia, saludo con aplauso este nuevo intento de la moda, y que el criterio natural de cada señora seguirá más de cerca ó más de lejos. Esta innovación, después de todo, necesita todavía confirmación.

Hablaré como novedad de los trajes de encaje de lana. La falda, montada á frunce á una cintura y tomado ancho por largo, llevará una sola costura atrás, que se oculta entre el plegado hueco, colocándose esta falda sobre un transparente de color con plegado al borde, y un echarpe anudado atrás en gran lazo bebé: éste es el único adorno de la falda. Contrastando con las chaquetas de encaje que se lucieron el año anterior, con estas faldas el cuerpo se hará en siciliana, maravilloso ó cualquiera otra tela de seda, haciendo las mangas de encaje como la falda. Puedo asegurar que en altos círculos se verá ya esta Semana Santa alguno de estos trajes de encaje negro, sobre viso negro también ó color pensamiento, y luego, en cuanto el tiempo avance algo más, se harán los trajes de encaje de lana gris perla y crema, sobre visos azul y rosa, convirtiendo á cada mujer joven y bella en una verdadera hada de la hermosura.

La moda de llevar las mangas desiguales al cuerpo, vuelve á renacer como el fénix de sus cenizas, y se dice que un cuerpo de encaje llevará las mangas de seda, y uno de terciopelo pekín ó lana tendrá las mangas de tela desigual á la empleada por el cuerpo, aunque jugando con algo de la falda. Esta nueva combinación está hecha para utilizar dos y tres telas, gusta que se sostiene inalterable, dando ancho campo al ingenio de las modistas, siendo también recurso inagotable para refrescar un vestido pasado de moda.

En mi próxima revista podré ya describiros todas las nuevas telas de la estación, cuyos modelos habrán llegado á nuestros almacenes: hoy me escriben de París, y además de las noticias que anticipo de los vestidos de encaje, en tejidos de primavera hay gustos tan raros como nuevos, que han de sorprender á nuestras elegantes: un poquito de paciencia, quince días, y podré comunicaros noticias ciertas.

Entre tanto os diré que la mantelita, como confesión de entretiem po, se sostendrá sin rival, y que se harán algo más pequeñas que las visitas del año anterior, en telas brochadas y sembradas de borlas y felpillas que serán una preciosidad.

Ahora el tiempo impone cierto recogimiento que no se presta á la exhibición de galas; los trajes ricos negros y la mantilla española, serán las galas obligadas de la Semana Santa, galas que luego pueden ser lucidas en cualquiera otra ocasión. Jamás los trajes negros han ejercido papel tan importante en la vida de la mujer, porque hoy una señora joven se presenta de negro hasta en un baile, sin quedar deslucida. Por eso se da tanta importancia al traje negro, necesario en muchas ocasiones de la vida y útil en todas, y se emplean en él las telas más ricas y los adornos más costosos. Sé de algunos que se están concluyendo con aplicaciones de pasamanerías en raso y felpa, enriquecidas con azabache, que serán de apariencia suntuosa.... Y á propósito, el azabache, el cristal negro y de color, seguirá siendo el adorno predilecto en los trajes de primavera.

Madrid, 18 de Marzo de 1885.

JOAQUINA BALMASEDA.

UN VIAJE DE NOVIOS.

NOVELA ORIGINAL

POR EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuación.)

IX

El *Chalet* alquilado en Vichy por las dos familias, Miranda y Gonzalvo, llevaba el poético letrero de *Chalet de las Rosas*, y á fin de justificar el nombre sin duda, corrían por todos sus calados balaustres airoso festones de rosas enredadera, al extremo de cuyas ramas oscilaban las cabecitas lánguidas de las últimas

rosas de la estación. Habíalas color barquillo bajo, realzadas por la nota de fuego de las bengalas; y las rosas enanas, de matiz de carne, parecían rostros microscópicos que miraban curiosos á las vidrieras del *Chalet*. En el jardinete que formaba el peristilo, era una gentil confusión de rosas de todos los tonos y tamaños.

Tenia el *Chalet* los dos pisos de rigor: el entresuelo repartido en comedor, cocina, salita y un angosto recibimiento; el principal dedicado á dormitorios y cuartos de aseo. A la altura del principal corría una balconada, calada como finísimo encaje, que se repetía en el entresuelo, cubierta casi por las enredaderas. Delgada verja de hierro aislaba el *Chalet* por la parte que daba á la vía pública, avenida plantada de árboles; por donde confinaba con otras casas y jardines, hacían el mismo oficio unas breves tapias. A la entrada de la verja, sobre sendas columnas de mármol gris, dos niños de bronce alzaban sus bracitos gordezuelos para sostener una bomba de cristal mate, que protegía un mechero de gas. Comprendíase á primera vista que el *Chalet*, con sus delgadas paredes de madera, mal defendería á sus habitantes del frío del invierno y los calores del verano; pero en la estación de otoño, templada y benigna, aquella caprichosa construcción, orlada de franjas de menuda crestería, trabajada como un juguete de sobremesa, engalanada de fresca guirnalda de rosales, era el albergue más coquetón y donoso que pueda imaginar la mente, el nido más adecuado para una pareja de enamoradas tórtolas. Yo siento tener que dar á tan lindos edificios, que en Vichy abundan, el nombre extranjero de *Chalet*; pero ¿qué hacer, si en castellano no hay vocablo correspondiente?

Instaláronse, pues, los Miranda y los Gonzalvo sin más cuidado que el de entregar al conserje sus abrigos de viaje y sentarse en sus respectivos puestos en el comedor.

Aunque Lucía, y sobre todo Pilar, se sentían un tanto fatigadas del largo trayecto de ferrocarril, no dejaron de entusiasmarse con la belleza de la morada que les deparaba el destino. El balcón, sobre todo, les parecía delicioso para hacer labor y para leer. Acordábase Pilar de cuantas acuarelas, paisajes de abanico y estampas sentimentales había visto, que representasen el ya trivial asunto de una joven cuya cabeza asoma por entre un marco de follaje. Lucía, á su vez, comparaba su casa de Leon, antigua, maciza, desnuda y lóbrega, con aquella vivienda, donde todo era llamante y limpio, desde los encerados relucientes pisos, hasta las cortinas de cretona azul rameadas de campanillas color rosa. Al otro día de la llegada, cuando Lucía saltó del lecho, fué su primer cuidado salir al balcón, de allí al jardín, recogiendo la bata con unos alfileres, para no mojada en el húmedo piso. Halló á las rosas acabaditas de salir del baño de rocío, tersas, muy ufanas, adornadas cada cual con su collar de perlas ó de diamantes. Fué oliéndolas una por una, pasándoles los dedos por las hojas, sin atreverse á cortarlas; dábale mucha lástima pensar cómo se quedaría la mata, huérfana de su flor. A aquella hora, apenas oían las rosas; era más bien un aroma general de humedad y frescura, que se elevaba del césped de las plantas, y del conjunto de árboles vecinos. Los hay en Vichy por todas partes; á la tarde, cuando Lucía y Pilar recorrieron las calles de la villa termal para informarse de su traza, lanzaron exclamaciones de contento al dar á cada instante con una sombra, una alameda, un parque. Pilar opinaba que Vichy tenía aspecto elegante; Lucía, menos entendida en elegancias y modas, gustaba sencillamente de tanto verdor, de tanta naturaleza, que reposaba sus ojos, moviéndola á veces á imaginar que á despecho de sus calles concurridas, de sus tiendas brillantes, era Vichy una aldea dispuesta á propósito para contentar sus exigencias secretas é íntimas de soledad; aldea formada de palacios, adornada con todo el refinamiento de comodidad y lujo inteligente que caracteriza á nuestro siglo, pero al fin aldea.

A un tiempo comenzaron Pilar y Miranda la temporada termal, si bien con método tan distinto como lo requería la diferencia de sus males. Miranda hubo de beber las aguas hirvientes y enérgicas de la *Reja Grande*, sometiéndose á la vez á un complicado sistema de afusiones locales, baños y duchas, mientras la anémica absorbía á pequeñas dosis la picante linfa, gaseosa y ferruginosa de las *Señoras*. Establecióse desde entonces una lucha perenne entre Pilar y los que la acompañaban. Eran necesarios esfuerzos heroicos para contenerla é impedir que hiciese la vida de las bañistas del gran tono, que ocupaban el día entero en lucir trajes y divertirse. Desde este punto de vista, fué funesta á Pilar la presencia en Vichy de seis ú ocho españolas conocidas que aun aprovechaban allí el fin de la estación. Era pasado ya lo mejor y más brillante de ésta; las corridas, el tiro de pichón, las grandes excursiones en calesas y ómnibus al borbonés, comenzadas en Agosto, concluían en los primeros días de Setiembre. Pero quedaban aún los conciertos en el Parque, el gran paseo por la avenida pavimentada de asfalto, las fiestas nocturnas en el Casino, el teatro,